

# Recuerdos de Andrés Aylwin

Gabriel Valdés S.  
Senador

En estos días de Agosto hemos vuelto a enfrentarnos a los terribles sucesos de 1973. Libros, revistas, diarios, televisión, todo se han volcado al pasado, ese pasado que para tantos llenó de esperanzas y de libertad, para otros de temores que se cristalizaron en una sórdida mañana de un martes para encerrar al país en un lúgubre y largo período de muerte, torturas y exilio. Todos tenemos una experiencia personal y una visión colectiva que queremos olvidar, pero la historia no ha unificado a la nación. Los esfuerzos jurídicos han sido constantes. Plebiscito, elecciones, informes, mesas de diálogo, la justicia trabajando, los exiliados de regreso, un número de culpables castigados, algunos daños reparados, la juridicidad es respetada. En el Congreso Nacional nos vemos las caras y conversamos, a pocos metros de distancia, en la universidad, los culpables alternan con las víctimas. Parece que todo se ha borrado, y que un parque de flores se abrió sobre un nuevo Chile. Todos hemos tratado de olvidar, a todos nos interesa porque la globalización acelera los tiempos pero lúcida frase final del último mensaje del Presidente Lagos nos recuerda: "no hay mañana sin ayer".

Esa frase demuestra que ese ayer no nos ha abandonado, no lo podemos olvidar, porque fue demasiado denso y terrible. No fue sólo la tragedia de Salvador Allende encerrado en la Moneda en llamas como la explosión de un volcán en el corazón de Chile; fue la herida de un país entero, porque hirió a gentes

modestas, pobres, mujeres, hombres de trabajo, campesinos, artistas, sacerdotes, estudiantes. Esa gente fue aplastada, pisoteada, sin causa y sin pausa.

Los testimonios son espectaculares y múltiples. Pero de entre ellos destaco el de Andrés Aylwin Azócar escrito bajo el título "*Simplemente lo que vi*" (1973-1990). Lo que vio, fue de cerca, lo tocó, vio el abuso, horror, la injusticia, la cobardía, el valor y el dolor. La gran virtud de este libro es que sencillamente vivió entre cientos de personas sufrientes y lo relata con exactitud veraz.

Andrés demuestra una altísima sensibilidad. No le interesa el discurso sociológico ni el político que con brillo pudo haber escrito, no derrama en su relato odio ni rencor. No es un "yo acuso". Es mucho más que eso. Armado de un coraje tranquilo y sin argucia, movido con la serenidad de sus genes británicos transmitidos por su padre que fue un ejemplo de entrega, devoción sacrificada de la justicia en el más alto nivel y en la vida sencilla de San Bernardo, Andrés no buscó figuración o premio alguno. En los años duros sirve, da testimonio, defiende, pasa y traspasa las situaciones más increíbles. Las relata con precisión de cirujano, no las adorna, las hace visibles.

Hay algunos casos en que la indignación le aflora como el de la niña de Tejas Verdes, torturada por oficiales de instintos miserables, los relatos de sus desgarradoras



entrevistas con los presos y con los **vergonzados** ministros de la suprema que deben haberlo visto como el más fuerte acusador de sus abdicaciones.

Es corriente ver en quienes practican la profesión de abogado una costumbre de exhibir superioridad, sabiduría. Los encuentros de Andrés Aylwin con la gente es como la mano del amigo, la comprensión del dolor antes que el análisis del argumento y el ejercicio de la siempre difícil ayuda. Debe haber sido uno de los más detestados opositores de la dictadura porque representaba como la conciencia de sus abusos, y la luz que alumbraba su barbarie.

Hace bien leer este libro porque es verídico, porque ofrece casos de gente modesta que sufrió mucho más que la muerte, el total desamparo en el terror.

Navegó el autor por lugares escabrosos, prohibidos, hasta fue apresado para ver gente de su distrito los campos de la bella zona que representaba. Gente buena, como lo es la del campo, la mejor de Chile.

Nunca supieron porqué se llevaron a los suyos. Pero vieron a un joven abogado, sabio, valiente, eficiente, sin vanidades que les ayudaba. Lo hizo como cristiano, como abogado cristiano. Por ello lo llevaron a miles de metros de altura para que muriera, de frío.

Lo que así hicieron están todos escondidos o entre rejas. Andrés está tranquilo, limpio, alegre, como el campesino que aró la tierra, la sembró, la limpió y ve salir la espiga, sana y robusta que lo saluda con cariño y agradecimiento.

Santiago, agosto 2003

Revista Reflexión y Liberación.  
Junio - Agosto 2003.